

LA ESPERANZA NO DEFRAUDA

El final de curso nos coge con ganas de comenzar el nuevo, porque estamos viviendo a nivel diocesano un tiempo de gracia que nos aporta una conciencia clara de la importancia de continuar con brío y energías renovadas el impulso evangelizador que nos transmite el Papa Francisco.

La convocatoria y la celebración del Jubileo del año 2025 no se ha de ver como algo separado y paralelo al ritmo sinodal que vive la Iglesia desde hace unos años. Más bien lo contrario: es una llamada a la esperanza, a confiar totalmente en el Señor, a vivir fuertemente el don de la unidad, para poder ser testigos fiables de la fe en medio de nuestra sociedad.

Cuando escribo estas líneas estamos trabajando todos los órganos colegiados de la diócesis en la formulación de los objetivos pastorales para el curso próximo; por tanto, todavía no puedo anunciarlos, porque los hemos de rezar, pensar y elaborar entre todos.

Sin embargo, puedo afirmar que vivimos un momento de ilusión dentro de la comunidad eclesial. Detrás está el trasfondo de trabajo en equipo llevado a cabo durante todo el proceso sinodal y la seguridad de que la toma de decisiones es siempre el final de un proceso en el que han participado muchas personas, después de haber escuchado a todos.

Este trabajo previo a la formulación de nuevos objetivos ha cristalizado en algunos documentos importantes para la reflexión: una carta pastoral y una homilía escritas en torno a la celebración de la fiesta de la Virgen de Monte-Toro y los resúmenes casi coincidentes de las aportaciones de los 24 grupos constituidos en Menorca y del resumen elaborado a nivel nacional. También hemos recibido propuestas de particulares y grupos que se valorarán en los distintos consejos, antes de que el Consejo Episcopal, juntamente conmigo lleguemos a la formulación definitiva para el próximo curso.

Y también hemos de descansar durante el verano, sin desfallecer en la oración. La vida cristiana no se detiene, no hacemos vacaciones de nuestra fe ni de nuestros compromisos, pero aligeramos el paso para crecer interiormente, para poder estar a la altura de lo que Dios nos pide ahora a la Iglesia de Menorca.

No olvidemos a quienes durante este tiempo de verano trabajan intensamente para hacernos la vida más agradable a los demás y tampoco olvidemos a esta multitud de turistas que nos visitan y que deben encontrar unas comunidades cristianas que les acogen y que les hacen sentir y vivir una verdadera fraternidad cristiana.

Los sacerdotes, junto con vuestro obispo, dedicaremos una semana del mes de julio a vivir la experiencia de los ejercicios espirituales: una semana de oración intensa para poder entregarnos con renovadas energías al ministerio de la evangelización.

Acabo con esta frase que he repetido tantas veces, pero que puede articular toda una manera de pensar y vivir la comunión eclesial: todos siempre en la Iglesia y nunca unos sin los otros.